

traje es  
nuestras  
anteleta-  
lo y fleco

a de ca-  
e oscuro  
negras.  
Traje  
y visi-  
tido de  
o de dos  
r helio-  
a falda  
tal con-  
e arriba  
rodilla,  
de sigue  
or plis-  
chos de  
nos. La  
llada de  
de raso,  
o en do-  
á dis-  
uno del  
misma  
a de ca-  
la, sici-  
o, ador-  
samane-  
órdenes  
La es-  
va tres  
con cran  
el centro  
anga re-  
en el bor-  
nte.

tura, en

cion de

Madrid y

pliego

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA

Núm. 40 | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | Madrid 26 Octubre 1880. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXX

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Falda de moda.—Vestido para niño.—Manzanas para vestido.—Abrigo con capucha.—Abrigo con esclavina de pasamanería.—Patuero de punto de aguja.—Zapato Molière.—Arjetero de aplicacion sobre malla.—Entredoses bordados en tul.—Sillon-cama con cubierta bordada.—Cofre-banqueta.—Campana para cafetera.—Banqueta para piano.—Tapete para mesa de labor.—Cenefa á punto de cruz.—Cortina transparente.—Diferentes modelos para bordar á la

cruz.—Punto de tapicería calado.—Fuelle de chimenea.—Pintura en madera.—LITERATURA: Efectos de la educacion, por Antonio Maria Flores.—Pecquerina, poesia, por Alfonso M. Ollero.—Dios mio, qué solo me encuentro sin ella! poesia, por Everardo Jimenez Gavarré.—Liorna y Bisa, por Salvador Maria de Fabregues.—La paloma del diluvio, por Angela Grassi.—Correspondencia.—Variedades.—Explicacion del figurin 1.429.

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1 Y 2. MANGAS PARA VESTIDOS.

La primera es para un vestido brochado con tres dobles bieses brochados y vuelta manguito de terciopelo: la segunda, para vestido rayado, va adornada de bullones de raso en el puño y otro para formar el codo.

#### 3 Y 4. TAPETE DE APLICACION SOBRE MALLA.

Materiales: Hilocrudo para la malla, tela cruda para las aplicaciones, torzal amarillo y grana, hilo de oro.

(Dibujo: en el pliego del 18 por el revers, figs. 68 y 69).

Es un cuadro con cenefa y centro bordado de aplicaciones sobre la malla ya bordada, y el núm. 3 muestra la cuarta parte del motivo del centro; la aplicacion va sujeta con torzal amarillo y la malla bordada con torzal grana. El fleco núm. 4 indica como está hecho en dos órdenes, una en seda cruda y otra en hilo de oro para los nudos de las borlas.

#### 7 Y 8. CENEFAS SIN REVES.

Ambas sirven para ropa de diario, delantales de niños, mantele-  
rias y toallas bordadas con dos colores que muestra claramente el grabado.

1. Manga para vestido.

#### 9 Y 10. ENTREDOSSES BORDADOS DE TUL.

La ejecucion es tan fácil que no exige la menor explicacion, pudiendo hacerse este bordado con seda

lana ú oro: su aplicacion es para corbatas de gasa.

#### 11 Y 19. TAPETE PARA MESA DE LABOR.

(Bordado á punto de contorno. Dibujo: en el pliego del 18 por el derecho, fig. 36).

Este tapete, en tela de lino gruesa, se borda con lana de algodón de color grueso, á punto de contorno y pasado largo. La inicial se dispone en el centro sobre una de las cenefas; el tapete debe tener la medida de la mesa, y una puntilla le guarnece.

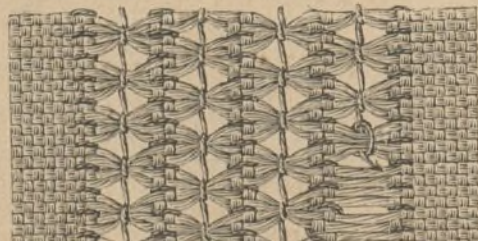
3. Tapete de aplicacion sobre malla. (Véase el núm. 4.)

#### 12. ZAPATO MOLIERE.

Es un zapato fino y fuerte para que resista la humedad del otoño: la parte superior es de paño, cerrada con trencilla y un lazo encima.



7. Cenefa sin revers.



6. Calados para el tapete de aparador del número anterior.

Ayuntamiento de Madrid



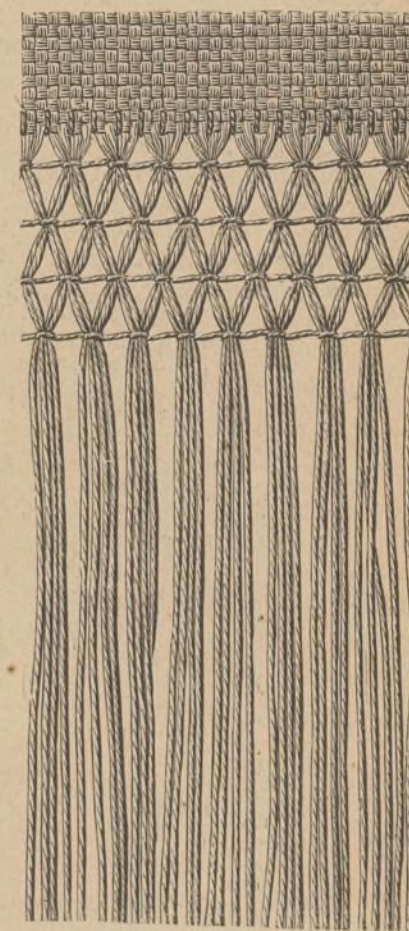
2. Manga para vestido.

seda marron, y el de grano de arroz, que va al lado, carmesí oscuro. Los centros del arabesco pueden ser de una aplicacion de tela

ó de punto de gobelinos azul pálido. Borlas de los mismos colores.

#### 17 Y 18. BANQUETA DE PIANO.

Es muy elegante por su montura, de madera negra con filetes de oro y cubierta de raso azul, con el centro de terciopelo negro bordado de colores, cuya tira ofrece el núm. 18: el terciopelo frapé tiene la ventaja de que no necesita dibujo, siguiendo el del estampado con sedas de colores, unas veces á puntos largos como en las orillas, y otras al pasado con nuditos como en algunos arabescos: algunos contornos se siguen ademas con hilo de oro. Fleco de los mismos colores completa la banqueta.



5. Fleco para el tapete de aparador del número anterior.

#### 20 Y 50. CAMPANA: CUBIERTA DE CAFETERA.

Labor de crochet tunecino. Este objeto, ya muy admitido en las mesas elegantes, sirve para cubrir la cafetera para que no se vaya el aroma del café: está



hecha en crochet tunecino, á nesgas, para lo cual se va menguando en las últimas vueltas, se borda con sedas como indica el núm. 50, y se cosen unas nesgas á otras, completándolas alrededor una cenefa de crochet, punto perlado de dos colores. Para cada nesga se ponen 30 puntos y se ejecutan 47 vueltas sin crecer ni menguar, y 13 menguando hasta dejar un sólo punto: despues de terminada se le pone un forro de bayeta y una borla de pasamanería.

#### 21. CENEFA Á PUNTO DE CRUZ.

Sirve para transparentes de ventana, tapetes y toda clase de objetos, pudiendo bordarse en todo género de telas con auxilio de un cañamazo encima, cuyos hilos se sacan luego. En este género tenemos ya ofrecidos gran número de modelos: un calado y fleco la termina por abajo.

#### 22 Á 40. CORTINA TRASPARENTE.

(Bordado en tela y calados en cañamazo).

Nuestro grabado, rico en extremo, presenta una cortina trasparente para ventana, con una cenefa rica bordada á la cruz que muestra el núm. 38, y dos tiras caladas en cañamazo hechas á la cruz, y luego esta rodeada de un cuadro, cuyo dibujo, de tamaño natural, presenta el núm. 23, y los 24 á 37 la manera de ejecutar estos calados desde que se empieza hasta que se deja terminada una carrera y se principia la otra: los números 39 y 40 presentan los calados que unen las diferentes cenefas entre sí; en la cenefa núm. 38 se borda el fondo, resultando el dibujo de los claros que quedan libres.

#### 41 Y 51. PAÑUELO DE PUNTO DE LANA.

Materiales: 50 gramos de lana céfiro.

Este pañuelo muy ligero, y no obstante de mucho abrigo, se hace á punto de aguja, yendo y viniendo á lo largo, y dejando siempre sin hacer el primer punto.

Es de forma rectangular, sobre 199 centímetros de largo y 130 de ancho, guarnecido de un fleco de 9 centímetros anudado en el borde mismo de la labor, y para el cual se cortan hebras de 20 centímetros de largo que se doblan por la mitad: cada borla consta de seis hebras: 1.<sup>a</sup> vuelta, lisa; 2.<sup>a</sup> vuelta, un punto al revés, pasando un punto sobre la aguja sin hacer, un punto al revés, y así toda la vuelta; 3.<sup>a</sup> vuelta, lisa; 4.<sup>a</sup>, igual á la segunda, pero contrariando el dibujo.

#### 42 Á 45. ABRIGO CON ESCLAVINA DE PASAMANERÍA.

(Patron: pliego del 18 por el revés, núm. XI, figuras 54 á 59.)

Este abrigo, semiajustado, se hace de cheviot, paño ligero á cuadros ó liso, segun convenga.

Nuestro modelo color moda, se completa de largo segun lo exija la estatura de la persona á quien se destine. La manga se compone de dos partes montadas en la boca-manga y unidas á *d* á *e* y doble punto.

Pliegues marcados por cruces y puntos prestan vuelo á la parte de atras. El adorno consiste en solapas ó respuntes á lo largo del borde de la manga y alrededor de la esclavina hecha de la misma tela ó de pasamanería al punto anudado. La figura 58 del pliego da el patron de esta graciosa esclavina.

El grabado 42 del presente número ofrece un fondo anudado para este objeto, y el 43, de lana retorcida, se ejecuta al bastidor y se sujeta con un punto doble de lana que armoniza con el color del fondo.

#### 46 Y 47. ABRIGO CON CAPUCHA.

(Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. IV, figuras 22 á 27.)

La manga, con solapa, forma esclavina. El modelo está cortado para una persona regular, y se reúnen los distintos pedazos juntando los signos iguales como indica el croquis de tamaño reducido.

Este cómodo abrigo se hace de tela impermeable, si se quiere usar para los días de lluvia, ó como el modelo, de paño, color moda, forrado de raso, para salidas de mañana y de noche. La capucha, que se pone ó se deja caída, ciñe con cordón y borlas. Esta capucha se corta por la figura 25 del pliego que da su mitad, está forrada de seda, orillada de respuntes, y los ojales adorna-

dos con un pasante, que permite el paso de la cordonería.

La capucha puede montarse al escote ó á un puño para ponerla ó quitarla segun se quiera.

#### 48 Y 49. FUELLE PARA CHIMENEA (PINTURA EN MADERA).

El adorno del fuelle, sumamente artístico, sólo pueden ejecutarlo aquellas de nuestras lectoras que sepan algo de pintura. Imita perfectamente las pinturas antiguas y se hace de diferentes modos. La parte superior, grabado 48, muestra un fondo de oro, aplicado con una preparacion de agua engomada, sobre la cual se destaca un águila de dos cabezas, que se ejecuta con sepia ó tinta de china. El lado opuesto, grabado 49, sobre fondo gris, está adornado con un dibujo de diferentes tonos encarnados; los costados están cubiertos con una capa de barniz, pasada rápidamente con el pincel sobre toda la superficie.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



#### EFFECTOS DE LA EDUCACION.

(Continuacion.)

La mujer debe saber que la inteligencia es la facultad que trata del conocimiento de las cosas, neológicamente hablando, así como el juicio es una de las funciones intelectuales, por medio de las cuales conocemos y afirmamos una cosa despues de examinarla minuciosamente.

Igualmente no debe ignorar que la imaginacion es la facultad del alma por la que mentalmente reproducimos las figuras de los objetos.

Te hablaria de otras varias cosas que la mujer debe saber; pero las omito por no molestarte demasiado, conociendo, como conozco, tu temperamento, tu carácter y posicion, que en cierto modo te domina respecto á la adquisicion de conocimientos útiles.

—Mucho te agradezco, Rosita, porque en estos momentos mi cabeza es una grillera llena de insectos....

—Ortópteros — se apresuró á decir Rosa, y continuó.

Lo comprendo, lo comprendo perfectamente, así como ne desconozco la causa que tales efectos produce.

Me has preguntado qué es lo que quiero que hagas teniendo la edad que sobre tí gravita.

Pues bien; lo que quiero, porque con toda mi alma lo deseo, es que hagas los mayores esfuerzos, hasta sacrificios si es necesario, para variar tu modo de ser, moralmente hablando.

—No te comprendo.

—Quiero decirte, que paulatinamente y sin que por completo renuncies á tus diversiones y frívolos pasatiempos, te vayas acostumbrando á dedicar algunas horas del día y de la noche, despues de haber cumplido con otros sagrados deberes, á la lectura de buenos é instructivos libros, escribir algunos asuntos, reconcentrando tus ideas para ello, sin que, como parte de adorno, dejes de consagrar algunos ratos á la música, en particular la de piano y arpa que tan bonita es, estando bien ejecutada, con permiso sea dicho del violin y la guitarra, instrumentos que nada desmerecen de los dos primeros.

Aunque la grillera en tu cabeza se aumente, no debo dejar sin contestacion las preguntas que me has hecho.

Ten una poca de paciencia, que no seré larga ni pesada.

Tambien me preguntaste qué es lo que, segun mi opinion, debes hacer.

Voy á decírtelo con toda franqueza.

Lo que, en mi juicio, debes hacer, es dedicarte primeramente á la adquisicion del conocimiento teórico-práctico de lo que debe saber una mujer relativo al hogar doméstico.

Despues estudiar con aprovechamiento, estableciendo un buen método para ello.

De este modo, en lugar de aburrirte, hallarás recreo, placer y utilidad al mismo tiempo.

El bordar y dibujar, por ejemplo, ¿no son dos cosas que recrean y que son muy útiles? Seguramente que sí. Y la música con su armonioso lenguaje, ¿nada te dice?

Ya sabes lo que deseo, lo que quiero y lo que te exijo, amiga Juanita.

En una tercera pregunta me dijiste si creo que puedes tú remediar faltas que no son tuyas.

Comprendo lo que con esta pregunta has querido decirme, lo que de ella se desprende, y voy á contestarte como debo.

Por mucha que sea la razon que un hijo tenga, amiga Juana, nunca es bastante para hacer cargos directos ni indirectos á sus padres, porque éstos, dominados casi siempre por un excesivo y mal entendido amor paternal, omiten correcciones, cuya omision á su tiempo produce desfavorables consecuencias.

En este caso hay culpabilidad en los padres por la falta de energía; pues mientras mayor es el cariño que á sus hijos profesen, no debe ser ménos la rigidez para educarlos é instruirlos.

En los hijos tambien hay culpabilidad y mucha, porque aun cuando inconscientemente abusan en la edad que no hay discernimiento, de una manera consciente incurren despues en lo mismo, hasta el extremo de dominar con exigencias, y otras cosas á veces, á los autores de sus días, á los que el ser les han dado.

Mucho sobre este particular pudiera decirte; pero conozco tu impaciencia, y al silencio sobre este punto me remito.

Ayer te dije que en gran manera me placía el verte en tan buen camino; ahora espero que con la mayor franqueza me des tu opinion relativa á cuanto de exponerte acabo, para saber si continúas ó no por la misma senda, á fin de formar mi juicio y cumplir lo que concierne al contenido de la carta te ofrecí.

—Ahora sí que en un gran aprieto me pones, querida Rosa.

Digo en gran aprieto, porque en este momento me es de todo punto imposible contestarte á lo mucho que de exponer me acabas; pues has abrazado algunos extremos que son tan difíciles como graves, razon por que necesito meditarlos mucho, y no es cosa que puede hacerse en dos ni tres días.

—Mucho me gusta ese franco y claro lenguaje.

Eso se llama producirse con gran talento y exquisito tacto.

Scría yo muy desconsiderada si pretendiese que en breve plazo me contestaras, y mucho más que ahora lo hicieras.

Tómate el tiempo que necesites, medita y analiza bien mis palabras, que son el producto de detenidos estudios en libros de hombres eminentes, forma tu juicio con arreglo á tu conciencia; examina tu pasado sin prescindir del presente, y teniendo muy en cuenta tu porvenir.

Despues de todo esto resuélvete.

—Así lo haré para darte gusto, mi querida amiga y sabia mentora,—dijo Juana con resolucion.

—No quiero que lo hagas sólo por complacerme, no.

Deseo que lo hagas por tí, por tu bien, por tu felicidad futura y la de tu familia.

En estos momentos estoy muy contenta, porque confío en que no defraudarás mis esperanzas, en que dentro de algun tiempo te veré en terreno más sólido que el en que actualmente te hallas.

Ahora voy á cumplir lo que ofrecido te tengo. Hablo del consabido lilete.

Despues de leerlo muy detenidamente más de seis veces, de comentar su contenido analizando palabra por palabra, frase por frase, y deducir cuanto del mismo, en mi concepto, se desprende, formé mi juicio estrictamente arreglado á mi conciencia.

Este juicio, amiga Juanita, no es nada favorable al autor de la carta en cuestion.

No es favorable, porque está escrito con bastante do-



blez, no poca intercion, mucha hipocresía y falta de talento.

—¡Es posible! ¡Me espantas, Rosita!—exclamó Juana alarmada.

—Sí, Juanita; posible y muy posible: pero no te alarmes ni te espantes, porque hay un gran remedio para que tal posibilidad desaparezca.

Este remedio en tus manos está: si para aplicarlo me necesitas, cuenta con mi débil apoyo.

Dime, Juanita, supongo que éste que tú llamas secreto lo sabe tu mamá.

—Nadie más que tú lo sabe.

—¡Cómo es posible que nada hayas dicho á la que tanto le debes!

Tu mamá debió saberlo ántes que yo: no lo dudes ni arrugues el ceño.

En tales casos las madres, cuando saben ser tales, son las mejores consejeras.

Yo te aconsejo y te lo ruego, que le entregues la carta para que, despues de ver que cumples con uno de tus más sagrados deberes como buena hija, te aconseje y disponga lo que tenga por conveniente.

En vista de que ya trascurrió la hora en que nuestras visitas terminan, suspendamos esta sesion, y en la de mañana, despues de decirme lo que tu mamá opine, te convencerás de que cuanto te he dicho es la verdad; te persuadirás, porque con la carta á la vista, te haré ver con fundadas razones lo que en sus renglones encierra.

—Rosita, no me parece conveniente entregar la carta á mi mamá.

—Si tal hicieras, cometerias una gravísima falta, un delito.

—¿Y si no me la devuelve?

—Está en su derecho y no debes quejarte, porque los padres comprenden y saben mejor que nosotras lo que es más conveniente.

—Si con la carta mi mamá se queda, mal podremos tenerla á la vista como dices.

—Poco ó nada importa tener ó no la carta á la vista, porque tanto tú como yo, de memoria sabemos su contenido.

¿Quieres que sin faltar una sílaba te lo recite, Juanita?

—Rosa, te aseguro que á tanto no puedo comprometerme, pues no recuerdo sino lo más sustancial.

—Así comprenderás que el estudio cultiva la memoria.

Aunque no tengamos la carta, no por eso quedará por hacer la autopsia á su contenido.

Tu carruaje á la puerta llega. ¿No oyes el chasquido de la fusta?

—¡Y tanto como lo oigo! A mi cochero le gusta mucho hacer ruido.

—Vamos ántes que nos llamen.

—Vamos.

—Mañana, si alguna novedad no ocurre, te esperaré temprano.

—Te complaceré, Rosita.

ANTONIO M. FLORES.

(Se continuará.)

#### BECQUERINA (1).

Y las horas sin cuento trascurrieron  
tan duras para el alma como tú,  
y con ellas la sávia de mi vida,  
mi alegre juventud;  
y las horas, que vienen y me traen  
un cielo, cada vez ménos azul,  
en cada sol le quitan á mis ojos  
un rayo de su luz.

Vendrá la vejez; y cuando ciego  
verte no pueda, cual te veo aún,  
mi triste amor me servirá de guía,  
de báculo el laud.

Las ilusiones que mueren en el alma  
la transparencia pierden de su tul,  
pero quedan los hilos, y éstos nunca,  
¡nunca pierden su cruz!

ALFONSO E. OLLERO.

(1) Título que da el autor á una inédita colección de rimas.

¡Dios mio, qué solo  
me encuentre sin ella!!

Ayer ¡ay! la dicha  
miraba de cerca;  
alegre pasaba  
mi pobre existencia  
al lado de un ángel  
de rara belleza.  
Mis ojos, ansiosos  
fijábanse apénas  
en otras personas  
que no fueran ella.  
Su dulce mirada,  
tranquila y serena,  
leía en mi frente  
mi amor, mi vehemencia...  
¡Dios mio, qué solo  
me encuentre sin ella!!

Postrado á sus plantas  
dos mil frases tiernas  
de amor la decia...  
jurábale eterna  
pasion amorosa...  
veía su belleza  
y loca, anhelante,  
gustosa, contenta  
mi alma moria  
del placer de verla...  
Yo la amo, la qu'ero,  
la adoro de véras  
y me es imposible  
dejar de quererla...  
¡Dios mio, qué solo  
me encuentre sin ella!!

Y no está á mi lado,  
de mí no está cerca...  
no puedo mirarla,  
ya no puedo verla...  
No, no, no es posible  
creer tal idea;  
vivir es difícil  
tan lejos ¡ay! de ella.  
¿Por qué me la quitan?  
¿Por qué se la llevan  
y en honda amargura  
sumido me dejan?  
¿Por qué me han causado  
tan horrible pena?...  
¡Dios mio, que solo  
me encuentre sin ella!!

¡Ah! loco, insensato,  
corazon que alientas  
amor tan sublime,  
pasion tan extrema,  
acalla, si puedes,  
tus gritos, tus penas...  
Quizá me ha olvidado,  
quizá no se acuerda  
de quien llora solo,  
de quien la ama á ciegas...  
Posible es que olvide  
sus muchas promesas...  
quizá me engañara...  
quizá no me quiera...  
¡Dios mio, que solo  
me encuentre sin ella!!

EVERARDO JIMENEZ GAVARRE.

#### LIORNA Y PISA.

Seguramente pocos puertos del Mediterráneo se verán más concurridos que el de Liorna, que en mucho sobrepaja al de Marsella, si se establece una comparacion relativa entre ambos. El secreto de este movimiento, de este concurso universal, de la animacion, de la vida que en él se nota, está explicado en pocas palabras: Liorna es puerto franco.

La Toscana no cuenta con otro puerto que el de

Liorna, y para hacer la competencia á todos los Estados marítimos europeos, no tenía más remedio que declararlo franco, y así lo hizo con gran oportunidad y satisfactorio éxito para los intereses mercantiles del pequeño reino de Etruria, y sucesivamente gran ducado de Toscana, y hoy provincia de la Italia unitaria.

Bellísimo aspecto presenta el puerto de Liorna, poblado de buques de todas las naciones, unos alijando mercancías de todo género, cargando otros los productos y manufacturas del país, representando todo en junto la gran circulacion que tiene el capital cuando la actividad humana y el genio especulador se proponen de consuno hacerlo productivo. Estas ideas asaltan al viajero cuando desembarca en el puerto de Liorna, donde todo es vida, movimiento y grandes exhibiciones de mercantilismo internacional, que satisface las aspiraciones de los que sólo ven en el comercio la vida y progreso de los pueblos.

El muelle es extenso y espacioso. Sobran en él botes y esquifes de todas construcciones, pero faltan carruajes. El viajero, mal que le pese, tiene que ir *pedibus* andando al hotel donde piense hospedarse. Y ya que de hoteles hablamos, diremos que en Liorna hay muchos, todos buenos, con buen servicio, confortables habitaciones, excelente cocina, y muy bien situados. Sobre-sale, en nuestro concepto, el de *Marsella*, donde se sirve á la francesa, á la italiana y á la española con gran esmero y propiedad y notable economía, cualidad distintiva que tienen todos los de la ciudad, porque en Liorna la vida es muy barata, efecto indudablemente de la causa que ántes hemos dicho.

Lo mismo se observa en el comercio en general. Todos los géneros, de cualquier clase que sean, se adquieren por un precio fabulosamente barato, haciéndose extensiva esta baratura á la joyería de oro, plata y piedras preciosas, industria abundantísima, y en gran parte ejercida por individuos de la raza hebrea. Es recomendable la joyería de Fernando Tondini, donde puede satisfacerse hasta el más exigente capricho, pues se halla provista de cuanto ha inventado la moda, desde el Renacimiento hasta nuestros dias. Objetos raros y de precio se encuentran en ella, que en vano se han buscado en París y Lóndres, donde el vulgo cree que nada falta. Por eso Liorna es una especialidad, que los que la conocen una vez, la utilizan y recomiendan mil á cuantos pueda ofrecérsele.

Nos hemos fijado en estos detalles, y aún no hemos dicho lo que es la ciudad.

Liorna es una ciudad muy limpia y muy bonita, pero puramente comercial. Su poblacion excede de 80.000 almas. Sus calles son anchas y rectas, con buen caserio, aunque la monotonía de las construcciones modernas hace que exteriormente llamen poco la atencion. Sin embargo, interiormente suelen tener ornamentacion rica y hasta de gusto. Hay pocos palacios: el del obispo, el gobernador, el *gonfalonero* y tres ó cuatro más particulares son todos los que cuenta, y aún ninguno de ellos tiene nada de notable. Otro tanto sucede con las iglesias, sin exceptuar la catedral, que es muy pequeña y de una sola nave. Tiene un paseo muy espacioso, algo parecido al Prado, en el centro del cual hay una estatua ecuestre del gran duque Leopoldo. Lo más notable de Liorna es la que allí llaman *la gran cisterna*, que no es otra cosa que el depósito de agua potable para el consumo de la ciudad, en el que continuamente hay filtrándose muchos millares de millones de litros.

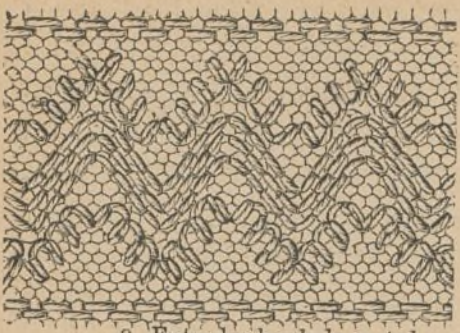
Es verdaderamente una obra colosal; en construcciones modernas es lo más grande que hemos visto. El depósito del canal de Isabel II, no obstante ser muy notable, es raquítico y pobre comparándolo con la *gran cisterna* de Liorna.

Aunque solo sea por lo bien y barato que se come, el viajero abandona con sentimiento Liorna, de donde no lleva otros recuerdos que los que nosotros consignamos en nuestra cartera y hoy trasmitimos á los lectores.

\* \*

La ruta que emprende el viajero al partir de Liorna, casi siempre suele ser á Pisa, y esa tambien seguimos nosotros. El camino no es largo ni pesado, porque la distancia es corta, y las vías de comunicacion en Italia se ven muy frecuentadas, por eso se recorre el trayecto insensiblemente por las muchas distracciones que ofrece.





9. Entredos bordado en tul.

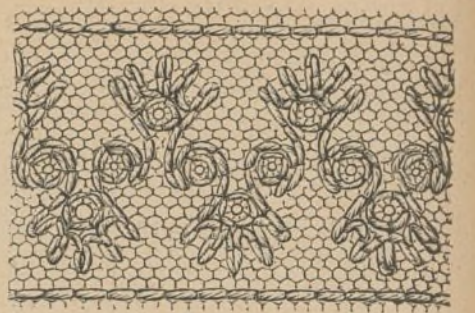
nas páginas de mármol y su famoso *Campo Santo*. La vida, la animación, el torbellino de empresas en que estaban comprometidos los valerosos pisanos, han desaparecido para nunca más volver, quedando en su lugar la calma y el sosiego propios de la vida tranquila. En Pisa hoy, ya no se vive ni para las artes, ni para la industria, ni para el comercio, ni siquiera para la política; se vive sólo para la familia. Por eso la mayoría de los pisanos se cui-



12. Zapato Molière.



11. Cifra para el tapete núm. 19.



10. Entredos bordado en tul.

familiarizarse con su ruina, que es la muerte, el paseo más concurrido de la ciudad es el *Campo Santo*, es decir, un cementerio, un gran espacio de terreno que forma un cuadrado oblongo, alrededor del cual corre una galería que contiene como objetos de arte frescos de los siglos XIV y XV, setecientos u ochocientos sepulcros antiguos, muchos de ellos adornados con fragmentos de esculturas traídos por los pisanos en sus expediciones guerreras y comerciales á la Grecia y á Levante.

Entre los sepulcros de la Edad Média descuella el de Enrique VII, llamado el de *Luxemburgo*, emperador de Alemania y rey de Italia, que falleció en 1313 en las inmediaciones de Pisa, cuando se dirigía á tomar por la fuerza de las armas á Florencia, que voluntariamente se había entregado á Roberto de Nápoles. Juan de Pisa fué el autor del imperial mauso-

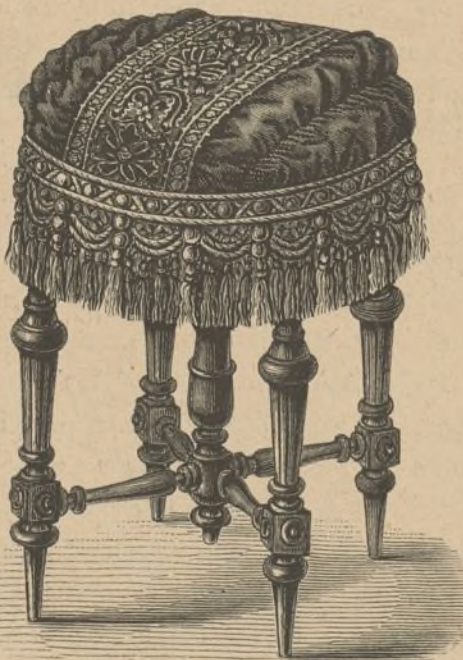


13. Falda de los modelos 10 y 11 de EL CORREO anterior. (Patron de tamaño reducido: pliego del 18, núm. 1, fig. 14.)

dan poco de lo que ocurre en la ciudad, y rara vez ponen los pies en la calle, donde suele crecer la hierba con entera libertad. El escaso movimiento que se

nota, lo producen el gran número de forasteros que la visitan y los ciudadanos que para atender á sus negocios no tienen otro remedio que prescindir de la tranquilidad de su doméstico hogar. Circunvalada de montañas, en donde la fertilidad del suelo produce una vegetación lozana y matizada de colores cual la paleta de un pintor; Pisa, ciudad en otro tiempo de doscientas mil almas, y que actualmente apenas tiene treinta mil, se la puede comparar á aquellas heroicas matronas que con amargura, pero con resignación, recordaban los días de su juventud y de su hermosura.

El antes tan frecuentado y ahora solitario malecón del Arno; la bellísima iglesia de ricos mármoles de *Santa Maria della Spina*, que tiene la elegante figura de un tabernáculo; su catedral, que incalculables riquezas artísticas atesora; la cúpula bizantina; el bautisterio; su airosa y renombrada *Torre inclinada*, patente ejemplo de la posibilidad de esas atrevidas construcciones de línea oblicua negadas por algunos arquitectos rutinarios, todo eso son mudos pero convincentes testigos que corroboran la grandeza de un pueblo que, por castigo ó por desgracia, se halla en plena decadencia. Para que todo sea extraño é irregular en Pisa, para



17. Banqueta de piano bordada. (Véase el núm. 18.)

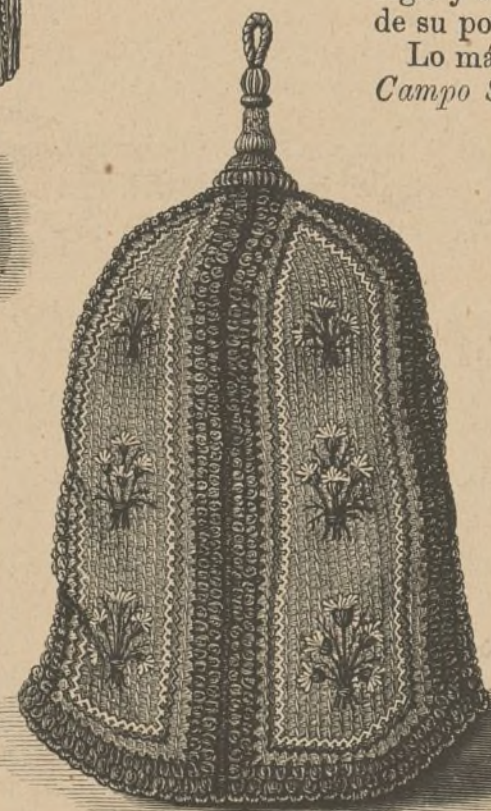


16. Cofre-banqueta. (Véase el núm. 52.) (Dibujo: pliego del 18, por el derecho, fig. 35.)

leo, sobre el cual se ve la noble y melancólica figura del emperador, que dicen si murió emponzoñado por los irreconciliables enemigos de los

Visconti de Milan, á quienes protegió y sostuvo con toda la fuerza de su poder.

Lo más particular que tiene el *Campo Santo* de Pisa, es que la tierra misma que lo compone fué traída de Jerusalem, por los guerreros pisanos que concurren á la tercera cruzada, que duró de 1189 á 1193. Calcúlese cuánto lastre tendrían que llevar las naves pisanas, y cuántos viajes tuvieron que hacer, no obstante que era numerosa la armada de la república. Hoy esa tierra se halla cubierta de césped; en los extremos se elevan dos



20. Campana para cafetera. (Véase el núm. 50.)

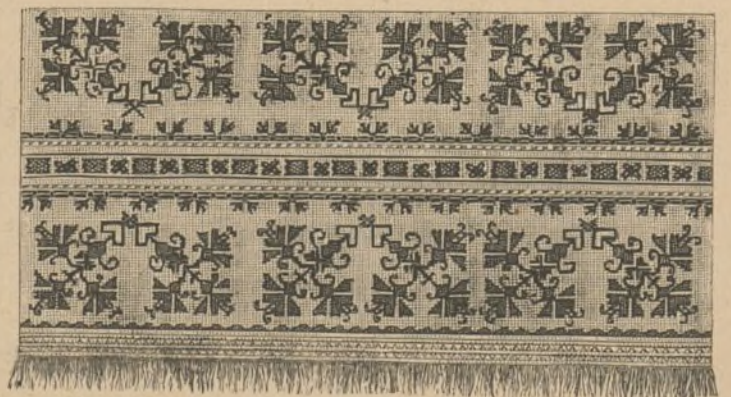
filas de cipreses, sin cuyo sombrío follaje no parecería aquello lo que es; en el centro hay una cruz de piedra tapizada de verdes enredaderas que dan flores de diferentes clases y colores, y en muchos más parajes las hay también hasta de las más delicadas, que nadie toca, porque son las ofrendas de los vivos á los que duermen allí el sueño eterno. En general, el *Campo Santo*, paseo clásico de los habitantes de Pisa, tiene muy buenas tumbas de mármol de Paros, frescos de *Orcagna* y de otros artistas de reputación, y sobre todo, proporciona el ver las caras de las bellas y meditabundas pisanas, que pasan los mejores años de su vida en el retiro y el aislamiento.



19. Tapete para mesa de labor. (Véase el núm. 11.) (Dibujo para el bordado: pliego del 18 por el derecho, fig. 36.)



18. Bordado sobre terciopelo frappe para el núm. 17.



21. Cenefa á punto de cruz.





BIBLIOTECA  
MADRID



Pl. 443.

443

EL CORREO DE LA MODA.  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*

Calle de la Montera, 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid





21. Punto p  
la

Pisa, la  
gibelina, e  
de recuerde  
que su gra  
ha sido tan  
decadencia  
que á nuest  
driamos ev  
cretaremos

Al atrav  
plaza, alfo  
como toda  
el *ciceroni*  
ruinas info

—Allí e  
*hambre.*

En segu  
acudió á nu  
tra memor  
el rombre

*Ugolino,*  
sentimos  
agonías y  
malestar  
hambrient  
no obstar  
de que apé  
hacia una h  
que acabá  
mos de com

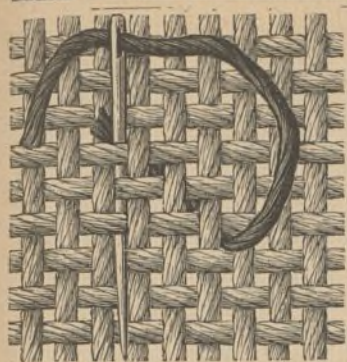
Es que  
dos del *I.*  
parecia es  
del conde  
que los cr  
naban al  
figuraba s  
rado por  
que no se  
que hoy s  
Lástima  
execrar el  
veces cru  
muerte d  
hecho.

Villani  
ribles esc  
giero, qu  
traidor qu  
los delito  
de éste,  
pero el in  
fernal su  
plicio á  
que le cor  
denó el a  
zobispo,  
no sólo  
él, si qu  
tambien  
sus hijos  
nietos in  
centes, s  
pera, y c  
mucho.  
todos lo  
grados  
la culpab  
lidad.

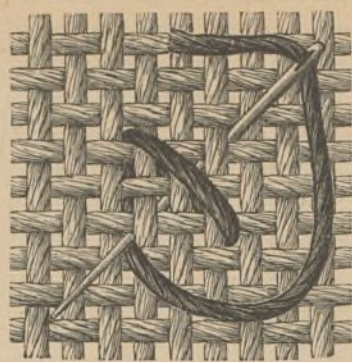
Ugolino  
crimina  
al pasa  
porel ma  
tirio ha  
recibid  
la absol  
cion de  
humani  
dad, al p  
so que s  
vez tie  
el odio  
todas la  
generaci  
nes.

Al sa  
de Pisa  
el coraz  
se dilat  
en el p

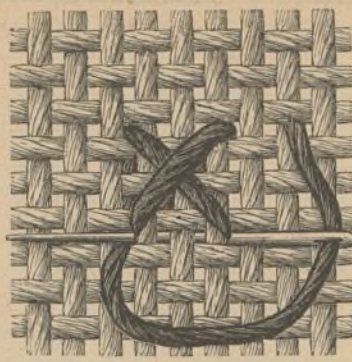




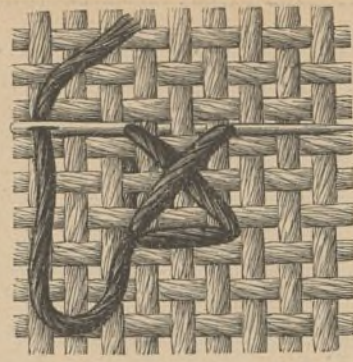
24. Punto primero, hacia la izquierda.



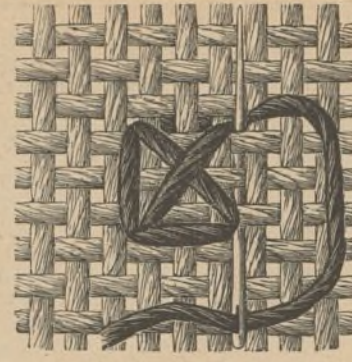
25. Punto de cruz.



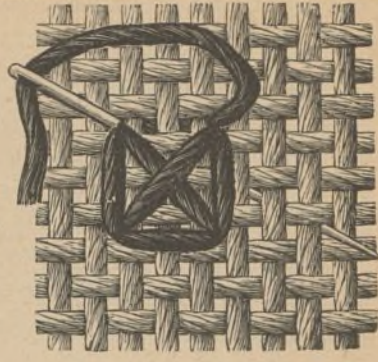
26. Primer punto del cuadro.



27. Segundo punto del cuadro.



28. Tercer punto del cuadro.



29. Ultimo punto del cuadro.

Pisa, la antigua república gibelina, es todo un arsenal de recuerdos históricos, porque su grandeza y esplendor ha sido tanta como hoy es su decadencia. Muchos son los que a nuestro paso por ella podríamos evocar, pero nos concretaremos a uno sólo.

Al atravesar una desierta plaza, alfombrada de hierbas como toda la ciudad, nos dijo el *ciceroni*, señalando unas ruinas informes:

—Allí estuvo la *Torre del hambre*.

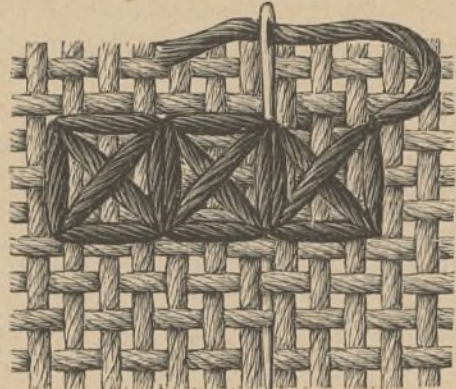
En seguida acudió a nuestra memoria el nombre de *Ugolino*, y sentimos las agonías y el malestar del hambriento, no obstante de que apenas hacia una hora que acabábamos de comer.

Es que recordaba el canto treinta y dos del *Inferno* del Dante; es que me parecía estar oyendo la cavernosa voz del condenado a horrible suplicio; es que los crugidos que bajo mis pies sonaban al pisar alguna hoja seca, se me figuraba ser el cráneo de Galdó, devorado por su padre *Ugolino* ¡Ah! aunque no sea más que por eso, el castigo que hoy sufre Pisa es bien merecido. Lástima que no queden otros medios que la historia para execrar el nombre de *Rugiero Ubaldini*, el malvado y mil veces cruel arzobispo, que tuvo corazón para ver morir de muerte desesperada a inocentes que ningún daño habían hecho.

Villani, Sismondi y el mismo Dante que narran tan terribles escenas, condenan severamente la crueldad de *Rugiero*, que no está justificada ni aún por la acusación de traidor que hacen pesar sobre *Ugolino*. Grandes podrían ser los delitos

de éste, pero el infernal suplicio a que le condenó el arzobispo, no sólo a él, si que también a sus hijos y nietos inocentes, supera, y de mucho, todos los grados de la culpabilidad. *Ugolino*, criminal, al pasar por el martirio ha recibido la absolución de la humanidad, al paso que su juez tiene el odio de todas las generaciones.

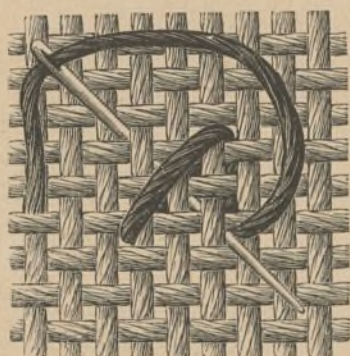
Al salir de Pisa, el corazón se dilata en el pe-



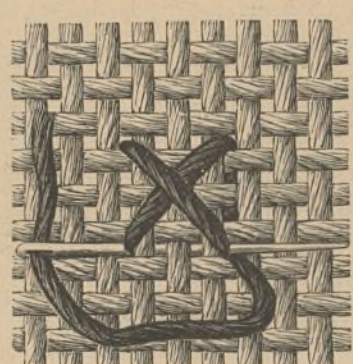
30. Modo de empezar otra carrera.



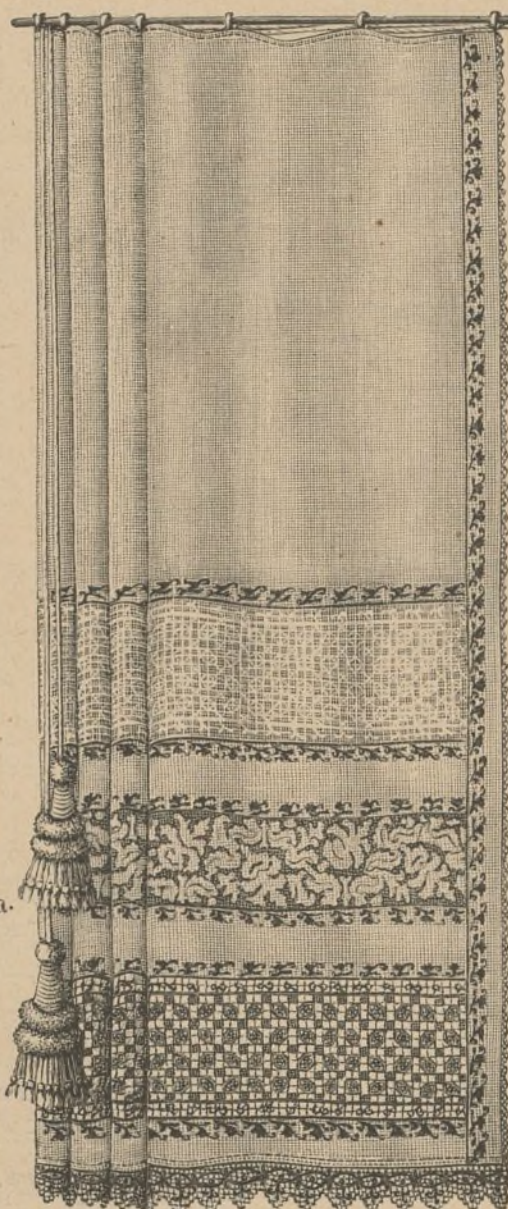
31. Empezando hacia la derecha.



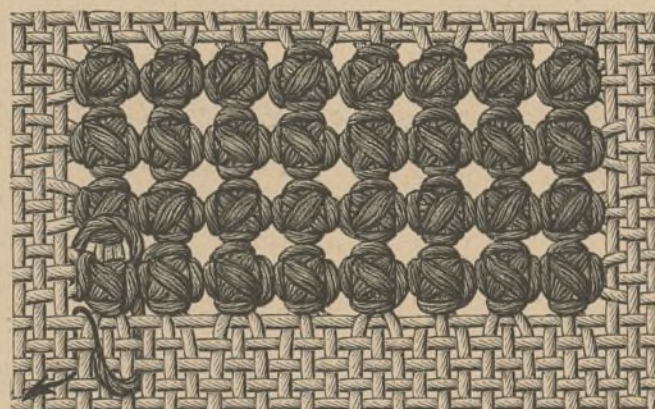
32. Primera cruz.



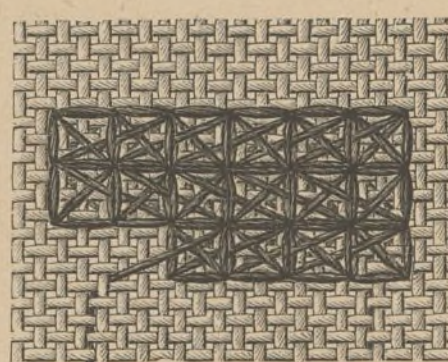
33. Primer punto del cuadro.



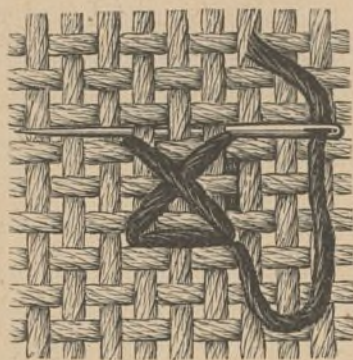
34. Cortina-transparente. (Véanse los núms. 23 á 40.)



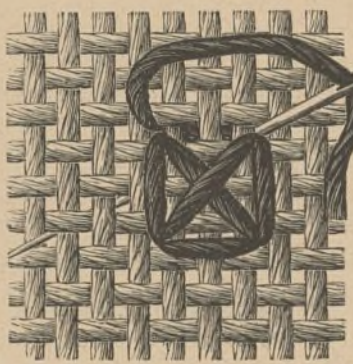
35. Punto de tapicería calado. (Véanse los núms. 24 á 37.)



36. Carreras hechas en los dos sentidos.



37. Segundo punto del cuadro.



38. Tercer punto del cuadro.

39. Ultimo punto del cuadro.

La vida es larga.... al entusiasmo sucede el anonadamiento, a la energía la flaqueza: lo que se ha creído por un instante vencer nos vence: lo que se ha querido aborrecer se ama: sólo los que se asimilan a los ángeles pueden triunfar en esa lucha sorda, encarnizada, eterna.... del alma contra sí misma.

¡Ay Rosario, ay de de mí! Yo era una niña como tú; sencilla, buena é inocente como tú.... Amaba a un joven de mi edad, compañero de mis juegos infantiles.

Habia empezado a amarle desde siempre.

No tengo un solo recuerdo de mi infancia que no vaya unido a su recuerdo.

Mi infancia fué una fiesta continuada del corazón: a todas partes ibamos juntos, compartiendo lágrimas y sonrisas.

Nos llamaban los novios: cuando nos veían pasar asidos del brazo, los vecinos solían decir: ahí van Pablo y Virginia, ó ahí van los

cho. Aunque en ella se han visto cosas muy buenas, también se sienten los primeros síntomas de la hipocondría.

SALVADOR MARÍA DE FÁBREGUES.

## LA PALOMA DEL DILUVIO

NOVELA ORIGINAL

de

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

Es preciso que la mujer sepa, que las jóvenes sepan lo que Dios y la sociedad exigen de ellas, para que, dando de mano a egoistas y personales miras, fijen toda su atención en la importancia, en la santidad de su ulterior destino.

Es preciso también que se acostumbren a desconfiar del juvenil entusiasmo, que suele ser perverso consejero.

Se cree en un momento de efervescencia, que siempre se podrán refrenar los sentimientos, dominar el corazón, pero la vida se compone de muchos momentos que no están iluminados del mismo modo por los resplandores de la fiebre....



amantes de Ternel. Nuestros padres lo veían; nuestros padres lo sabían. Amigas ambas familias, todos creían que sólo aguardaban á que fuésemos mayores para convertir los lazos de amistad en lazos de parentesco.

¿Cuándo se cruzó por primera vez la palabra amor entre nosotros?

¡No lo sé! Nos amábamos como hermanos; no ambicionábamos más que ser hermanos.

Una tarde fuimos todos los jóvenes del lugar á una romería: los demás se pusieron á bailar; nosotros nos sentamos el uno al lado del otro sobre las viejas raíces de un árbol que estaban al descubierto.

La tarde era poética y deliciosa: una tarde de primavera....

Aunque el sol ya se iba acercando á su ocaso, los pájaros cantaban todavía en la enramada; todavía zumbaban los insectos vestidos de oro y plata en torno de las flores....

El aura nos traía entre balsámicos perfumes los ecos de la naturaleza, que son himnos de amor....

Nos contemplábamos en silencio, y nuestros corazones latían con una fuerza desconocida.

Yo cogí una rosa silvestre, y mirándome en un límpido arroyuelo que corría á nuestros pies, me la coloqué en el cabello. Me parecí muy linda así.... También debí parecersele á él, porque me dijo conmovido:

—Te sienta bien esa flor; pero quisiera que me la dieras....

La desprendí con presteza de mis trenzas, y se la entregué confusa y temblorosa.

El aspiró largo tiempo y en silencio su perfume.... después la besó....

Yo no sé lo que sentí en el alma....

Algo como si se hubiese abierto el paraíso, mostrándome de repente sus magníficos resplandores....

Dos mariposas blancas se perseguían revoloteando sobre la hierba; dos pajarillos se picoteaban amorosamente, balanceándose sobre una misma rama.

—¿Se amarán como nos amamos nosotros? murmuró él en voz baja.

Luégo añadió, en voz más baja aún:

—¿Qué dicha! ¡vivir juntos en un mismo nido! ¡cobijar juntos á los hijuelos nacidos de su amor!.... ¡oir juntos después los alegres píos que éstos esparcirán por la floresta...

Calló....

Guardamos ambos un prolongado silencio, fijas sus miradas en mis miradas: anegados ambos en un océano de inexplicables delicias.

Deshojó la rosa; se arrancó un mechón de sus largos cabellos blondos; hizo una trenza, engarzó los pétalos en la trenza, formó un anillo y me lo puso en el dedo.

Yo rompí á llorar; pero bien vió él que eran lágrimas de gozo. También á sus ojos asomaron algunas lágrimas que se balancearon como perlas entre sus pestañas ántes de caer sobre mi mano.

No pronunciábamos ni una sola palabra, pero nuestros corazones se habían unido en una misma y única palpitación, haciéndonos esposos delante del Altísimo.

¡Ah! cómo expresar las delicias del regreso, apoyada yo en su brazo, sintiendo sus estremecimientos de placer; cómo referir los dorados sueños que me mecieron durante aquella noche feliz nunca olvidada, ni el gozoso despertar bendiciendo á Dios, al sol, á la naturaleza, á todo ese inmenso armónico conjunto, estrecho, sin embargo, para contener mi júbilo.

Y la embriaguez de los días siguientes, de los meses siguientes, engalanados todos con el prisma de la dicha y la esperanza...

Pero llegó un día en que el sol veló su luz, en que la naturaleza apareció á mis ojos como muerta.

Aquel día había visto á un hombre ya anciano en la casa grande vecina de la nuestra.

Me miró, y me estremecí con su ardorosa mirada: me habló, y aún más me estremecí al oír el eco de su voz... Presentía un peligro, sin saber cuál pudiera ser... Subí á mi cuarto dolorosamente conmovida, y en muchos días no volví á bajar al jardín de nuestra casa, que estaba contiguo al suyo.

Pero él no me había olvidado...

¡Ay! mi vago presentimiento, del que no había hablado á nadie, se realizó.

Cuando menos lo pensaba, me llamó mi padre, y me dijo que nuestro vecino había pedido mi mano.

Me hizo una pomposa enumeración de las ventajas que me ofrecía este matrimonio: de las riquezas, la posición social y el aristocrático nombre que adquiriría si lo aceptaba.

Yo rompí á llorar: conjuré á mi padre con las más fervientes súplicas que no me vendiese por un poco de oro, que no sacrificase mi dicha á un poco de oro. Mi padre fué inflexible; también mi madre lo fué.

Estaban orgullosos, desvanecidos, por lo que ellos llamaban mi fortuna.

No supliqué yo solamente; lloró y suplicó él; suplicó el anciano cura, que comprendía los desastres que debían necesariamente surgir de tan desigual unión...

Todo fué inútil.

Me pusieron en la dura alternativa de aceptar la mano de aquel anciano, ó ser arrojada de mi casa, llevándome por único patrimonio la maldición de aquéllos que me había dado la existencia.

Tras largo luchar cedí...

¡Debí ceder?... ¡Ah, no!

Podía, por filial obediencia, conservar perpétuamente mi corona de virginales azucenas; nunca prestar ante Dios un falso juramento.

No, no debí ceder...

Que no se acerquen al ara sacrosanta, las que no sientan su corazón dispuesto á cumplir los deberes que se imponen; que no se acerquen las que no puedan dar toda su alma al hombre que las entrega vida, fortuna y honra!

¡Cedí!...

Me vistieron de raso, me cubrieron de perlas y diamantes, me condujeron al altar. ¡Ah, que mi espléndido vestido me parecía una mortaja y una tumba el altar: ¡hubiera querido que verdaderamente se trocasen en mortaja y tumba!

Al día siguiente le dejé á él: dejé á mis padres, á mis amigos: abandoné mi risueño pueblo, mis montes y mis valles: los arroyos murmuradores, en cuyas orillas jugaba, la praderita cercana esmaltada de flores, adonde llevaba á pastar mi corderito negro. Tuve que despedirme hasta de mi perro fiel; hasta del gilguerrillo, que solía despertarme con su canto, viniendo á posarse en mi ventana.

Vine á habitar en este viejo y triste caseron poblado de autómatas.

Aquí todo se hacía metódica y sistemáticamente.

No se tenían en cuenta ni los antiguos hábitos ni la extremada juventud.

Me parecía estar sumergida en un mar de hielo: me parecía que un halito frío y penetrante iba poco á poco helando la sangre de mis venas.

Aquí sólo se hablaba de deber: deber austero que si se engalanaba con algunas flores, eran pálidas é inodoras, como las que crecen en los cementerios.

Me sobraban las comodidades materiales, me faltaba el alimento del espíritu, el pan del alma: me faltaba amor. Veneraba á mi marido, que era bueno y condescendiente para mí; respetaba á mi suegra y á mis cuñados que me trataban con suma deferencia, pero no amaba á nadie, no vivía para nadie; no sabía cómo dar empleo á los sentimientos tumultuosos que se desbordaban de mi corazón.

Mi existencia se hizo intolerable; volvían en tropel, y á pesar mío, los dulces recuerdos del pasado, á perseguirme de día, á turbar mi sueño por las noches...

Carecía de toda defensa contra los asaltos de la pasión: no podía fijar mi atención en ninguna idea que sostuviese mi ánimo y lo elevase sobre las mezquindades de la tierra.

En esta casa no se rezaba, no se creía...

Si no se había extinguido completamente la fe de mis primeros años al contacto glacial de mi nueva familia, no era bastante ardiente para refugiarme en la religión y buscar amparo en Dios.

Sucedió entonces lo que debía forzosamente suceder.

Falta de cariño, coloqué el mío en quien menos debiera.

Una doncella de la casa, joven y alegre, pareció compadecerse del aislamiento de mi alma: dió los primeros pasos para acercarse á mí envueltos en delicadas atenciones: era amable é insinuante, y me arrancó uno por uno todos mis secretos.

Empezó á hablarme de él: no quise oírle al principio; después la escuché; después entablaba yo misma la

grata, seductora, interminable plática, que así se va descendiendo, sin sentir, por la pendiente del crimen...

La enseñé unos versos que él me había escrito cuando éramos prometidos, y que yo había tenido la flaqueza de guardar: me los ponderó mucho, y aún me los pidió con insistencia para aprenderlos de memoria.

Y los aprendió en efecto, recitándolos sin cesar en mi presencia.

Un día me sorprendió trayéndome una carta de él: no quise recibirla, ni aquélla ni otra que vino después; pero vino la tercera, y no sólo la recibí, sino que la leí cien veces y cien veces la cubrí de besos.

Luégo se trató de que yo contestase, y tras largos combates accedí; más tarde de que le concediese una entrevista, la última, pues debía partir para América, de donde juraba no volver jamás.

Y en América le creían sus parientes, pues le habían visto embarcarse en un buque que se daba á la vela; pero él había vuelto secretamente á tierra, y había llegado secretamente á Madrid, con el único y exclusivo objeto de darme un postrer adiós.

¡Ah, Rosario, niña mía! si te dicen que se puede triunfar de nosotros mismos, cuando ya, provocado el peligro, la sangre hierve en nuestras venas, y el fuego de la pasión deslumbra el entendimiento, respóndeles que mienten.

La fortaleza del hombre, y particularmente la de la mujer, estriba en evitar el peligro: porque la Santa Escritura lo ha dicho: *quien ama el peligro perece en él*. Se puede detener al bruto cuando la mano del hombre sujeta las bridas; es imposible contenerlo cuando sueltas las riendas, desbocado y furioso, emprende la desordenada rápida carrera.

Es preciso que vivan alerta los que quieren ser virtuosos: es preciso que se persuadan de que el delito no está en su perpetración, sino en acariciar con deleite, el primer halago de ilegítimo goce que se ofrece á nuestra mente.

¡Ah, tú no sabes cuán ingeniosa es luégo la imaginación para excusar, para alentar, para santificar el deseo. Como el deseo llega á ser veheméntísima pasión, y como la pasión conturba y extravía la conciencia!

Cuando se llega al paroxismo de la pasión, todo se ve al través de su engañoso prisma: es una ilusión óptica como la que ofrecen los panoramas: se ven distintamente paisajes encantadores y soberbios palacios, en donde no hay más que un lienzo pintojereado con colores bastos.

Vigila siempre á tu pensamiento, para arrancar el torcido así que nazca: el que bordea un lago, recostado en su barquilla; puede, si ve que las olas empiezan á encrespase, saltar al florido margen; el que á pesar de que las olas se encrespan se empeña en cruzar los pérfidos cristales; ¿cómo puede responder de que el frágil leño no zozobre y no le sepulte en el abismo?

¡Ah! si hubiese estado á mi lado mi buen cura don Gregorio, mi dulce padre espiritual: ¡él que resolvía con su sencillo y persuasivo lenguaje las dudas infantiles de mi alma! El también me hablaba del deber; pero no era el deber árido y triste que se invocaba en aquella casa: tenía por recompensa, además de la propia satisfacción, las bendiciones del cielo. El sabía ofrecer oportunamente á mis ojos para confortarme, el cuadro conmovedor y sublime de nuestra redención: los sufrimientos del Dios-hombre, los dolores de la Madre solitaria, el heroísmo de los Santos, que abrazaban sin vacilar la Cruz, para seguir al Divino Maestro en su peregrinación de lágrimas.

¡Ah! que el hombre, omnipotente para dominar, para transformar, para embellecer la materia, no lo es para llenar el vacío de su alma, que desde que nace siente la nostalgia de los cielos. Fuerte contra los seres inferiores, es débil contra sí mismo.

Necesita, como Arquímedes, un punto de apoyo para elevarse á los espacios, que constituyen su elemento.

Cuando perdido entre el dédalo oscuro de sus embravecidas pasiones, vacila, necesita que alguna mano salvadora ponga entre las suyas el hilo mágico que le conduzca de nuevo hácia la luz...

Y si todo esto necesita el hombre, ¿qué será de la mujer, débil, poética, soñadora?

La mujer, dotada de una sensibilidad exquisita, de un innato, inmenso amor, pero tímida y pudorosa al mismo tiempo, no se atreve á revelar á sus mayores los ine-



fables misterios de su alma, y la que no pueda confiarlos al que es representante de Dios sobre la tierra, casi siempre desinteresado y rico de experiencia en el inviolable secreto de la confesion, los confiará á una amiga ó á una criada, que convertida en cómplice, dejará su honor hecho girones.

Estaba la anciana sumamente agitada al hablar así; quiso interrumpirla Rosario, temerosa de que la acometiese algun acceso; pero ella prosiguió con mayor vehemencia.

—Se convino en que él penetraría por el jardín, á un cuarto bajo donde se guardaba la ropa blanca: se convino en la noche y en la hora; las once, porque en casa nos recogíamos temprano.

No tiene el infierno tormentos iguales á los que yo experimenté al ver ponerse el sol, salir la luna: no sé cómo no estalló mi corazón cada vez que dió la hora; cuando conté las lentas, interminables campanadas de las once, creí volverme loca...

¡Ah! ¡qué placer era aquel que tan suave me fingió el deseo, y que venía precedido de martirio tan horrendo!

Hasta entónces la vergüenza, los remordimientos, las dudas, habian combatido y torturado mi alma.

Al oír aquellas campanadas, que se me antojaron fúnebre doblar á muerto, se paralizó la sangre en mis venas, cesé de pensar y de sentir...

Todo giraba en torno mio: de todos los ángulos del aposento parecían alzarse medrosas sombras que me obstruían el paso: se me figuraba oír un concierto de plañideras voces que me gritaban ¡detente!...

Y sin embargo bajé...

Bajé tambaleándome, casi por instinto, sin darme cuenta ni de dónde iba ni de lo que iba á hacer...

¿Cómo referir la espantosa escena que se presentó luego ante mi vista?

Rápida, breve, un segundo; un segundo que pesa como una eternidad sobre mi cabeza, sobre la cabeza de mis hijos...

Apénas, tanteando las paredes, llegué á la mitad de la estancia, ésta se iluminó de repente, apareciendo en el dintel de la puerta mi suegra y mi marido, que traían luces, mientras un hombre embozado en su capa saltó de la ventana al jardín y desapareció entre los árboles...

Al verle huir, mi marido, desatentado y ciego, se abalanzó hácia mí, apuntándome con una pistola...

Pero casi al instante cayó al suelo como herido por un rayo, víctima de una apoplejía.

Y el mismo rayo debió alcanzarme á mí, porque quedé petrificada é inmóvil, mientras doña Prisca, dando grandes voces, corría á levantar á su hijo...

Acudieron á sus voces los demás individuos de la familia, los criados, y hasta los vecinos...

El escándalo fué completo.

Entónces, no sé aún bien si por traición ó compasión, la doncella me arrastró fuera de la estancia y de la casa, y me condujo á la de una parienta suya, en donde permanecí muchos días enferma y delirante.

Mi marido no habia muerto: vivia, pero arrastrando la lúgubre existencia de los que pierden el uso de sus miembros; vivia, pero vivia sin alma, pues mi traición se la habia destrozado y muerto.

Quise verle; quise decirle que su honor no habia sufrido menoscabo. Doña Prisca no lo consintió. Habia abandonado mi casa en medio del escándalo; no debia volver á pisar sus umbrales.

¡Oh, cómo á la luz siniestra de aquella imprevisca-tástofre vi toda la enormidad de mi culpa!

Pero ¡ah! Rosario, ¡ah! ¡qué fué de mí cuando pasado algun tiempo, sentí que un divino huésped germinaba en mis entrañas; cuando reconocí con horror que habia manchado el templo que debia servir de morada al divino huésped?

¡Iba á ser madre!... ¡Madre! ¿Lo oyes?

¡Y el fruto de bendición que me mandaba el cielo nacería entre el deshonor y el odio, y más tarde se avergonzaría de ser mi hijo!

¡Necia de mí, insensata de mí, que jamás habia pensado en el fin primordial para que fui creada!

Porque el triunfo de las pasiones no representa solamente la victoria de la virtud, representa además la paz de la existencia, el porvenir, la felicidad de los seres, de quienes Dios y el mundo nos han hecho solidarios.

¡Ah! no se piensa en nada de esto cuando la pasión nos halaga, cuando nos solicita la pasión... La vergüenza

y los remordimientos vienen despues, con su horrible cortejo de sobresaltos y de penas.

Y ya no era posible retroceder, no habia redención posible... ¡é iba á ser madre!...

¡Desventurada de mí! ¡Oh, cómo atenta á los movimientos del invisible adorado sér que se albergaba en mis entrañas, cambié todo en mí; fuera de mí!... ¡Cómo comprendí la santidad del matrimonio y se trocó en intenso amor hácia el padre de mi hijo, la frialdad que ántes me inspiraba!...

Pero en vano intenté obtener una reconciliación; en vano supliqué que me permitiesen verle, volver á su lado, aunque fuese en concepto de criada...

¡Mi marido fué inflexible! y aún más lo fué su madre...

¡Inflexible! ¡Inflexible! ¡Dura y helada como la piedra de un sepulcro!

No quiso creer que la sangre que corría por las venas de mi hijo era su propia sangre; que el alma de aquel ángel que iba á venir al mundo era esencia de su alma... ¡No quiso creerlo... no!

En vano pasé los últimos días, las últimas noches, arrastrándome de rodillas sobre los umbrales de la casa que habia sido mia... No quiso verme, no quiso oírme... No permitió que me viese ni me oyese mi marido...

Hizo más: ¡tan implacable fué!

Consiguió que mi marido emprendiese un viaje á la casa en donde le conocí, acompañado de su hermana, con el pretexto de que los aires del campo mejorarían su salud; en realidad para quitarme el más leve resto de esperanza.

En medio de tantas torturas, en medio de tantas lágrimas, dí á luz, no un hijo, sino dos: dos gemelos, hermosos como los ángeles, condenados desde ántes de nacer á vivir sin padre, sin nombre, sin fortuna...

Quise criarlos y no pude... las fuentes del néctar, preparado para su alimento, las habia secado el dolor...

El médico que me asistía, no sé si compasivo ó cruel, los arrancó de mis brazos para llevarlos á un asilo á donde van los desheredados de la vida...

¡Ay de mí! ¿Qué sucedió despues? No lo sé... Creo que estuve loca...

Creo que yo tambien pasé algunos años en el asilo á donde van aquellos á quienes Dios, por castigo, arrebató la razón...

El médico, compadecido de tantos y tantos sufrimientos, jamás me abandonó...

Cuando estuve más tranquila, más en posesión de mí misma, me dijo que mi marido habia muerto; que mis hijos habian sido recogidos por mi suegra; que ella se obligaba á encargarse de su educación y de su porvenir, y me ofrecía alimentos y una estancia en su casa, si consentía en vivir en ella reclusa y penitente, sin volver jamás á ver á las prendas de mi alma...

¿Comprendes tú el horrible, inexplicable sacrificio? Pero era el único que podia hacer por mis hijos, y lo hice...

El médico me prometió, para calmar mi dolor, que iría á verlos, y los llevaría en mi nombre dos Crucifijos iguales, herencia inmemorial de mi familia, trayéndome en cambio un rizo de sus cabellos...

¡Hélos aquí! prorumpió la anciana con vehemencia, mostrando un medallón que llevaba pendiente del cuello...

Se arrancó el medallón, lo abrió, sacó dos rizos, negro el uno, rubio el otro, y estalló en sollozos...

Pero de pronto su mirada se fijó llena de espanto en la ventana, y permaneció muda, aterrada, inmóvil.

Creyóla Rosario presa de uno de sus accesos, se abrazó á ella, pero siguiendo la dirección de su mirada, vió dibujarse junto al marco de la ventana el rostro fatídico de Zoilo.

El perverso muchacho, que estaba cogido al árbol, al verse descubierto, saltó dentro de la estancia.

—¡Ahora eres mía! ahora no te puedes escapar, dijo con su cínica y fría sonrisa acostumbrada. Te he expiado, te he seguido. Así que te ví subir al desvan comprendí á donde ibas... Conozco perfectamente el camino... Más de una vez seguí á Lucía...

Vamos, tía Teresa, añadió, no ponga V. esos ojos tan espantados; no tiembles así, Rosario. No creas que soy el diablo, y voy á arrebatarte por los aires.

No señor; saldremos por la puerta.

Hé aquí la llave mágica que nos la abrirá... Me la procuré, afortunadamente, cuando quise penetrar los misterios de este cuarto...

Con que vamos, niña, en marcha...

Ten entendido que si no me sigues de grado, tendrás que hacerlo por fuerza... Abajo nos aguarda un coche, y el cochero subirá á ayudarme en cuanto dé un silbido... Nadie habita en esta parte de casa... La calleja está desierta...

—Pero malvado, ¿qué intentas? gritó la anciana des-pavorida.

—Toma, dijo Zoilo con cínica calma, llevármela adonde me plazca, para que mañana tenga por precisión que casarse conmigo, dejando con un palmo de narices á Antonio y á Valerio, á Valerio sobre todo, que la ama como un loco, sin a'verse á decírselo, y á quien va á suplantár con sumo gusto, el conjunto de todos los vicios y de todas las fealdades, como él me llama...

Y se echó á reír con una risita irónica y siniestra...

—Sal de aquí por la puerta ó por la ventana, como quieras, gritó la reclusa, pero véte...

El semblante de Zoilo se contrajo, tomando una expresión horrible.

Basta de bromas, dijo con voz serda. Yo no soy Valerio... Yo no retrocedo delante de nada; ni aún del crimen; cuando no me dan las cosas me las tomo...

Y se adelantó frío y resuelto hasta Rosario, que con las manos juntas, pálida y aterrada, habia ido retrocediendo hasta el último extremo del aposento, como si esperase que se abriese el muro y la ocultase á su enemigo.

—¡Jesus, acúdenos! clamó la anciana.

—Dios no se mete en estas cosas, dijo Zoilo, y asiendo á Rosario por un brazo, la arrastró consigo, á pesar de su resistencia y de sus gritos.

Pero al acercarse á la puerta, ésta se abrió, y aparecieron en su dintel Félix y la tía Martina.

## XVII.

«¿Quién se engaña y quienes son los engañados? ¿Es el alma mundana que no encuentra más que cruces debajo de las flores, ó es el alma cristiana que no encuentra más que flores debajo de las cruces?... E te es un asunto que debe meditarse detenidamente.»

«El que desee amar debe creer. El que quiera ser feliz amando, debe darse á Jesucristo. El amor es de todos los tiempos; para ese amor el corazón no tiene edad. El bien es hermoso, Dios es amable; pero para ver las bellezas del bien y gustar de la suavidad de Dios, se necesita un corazón puro. El temor de Dios, purificando el corazón, le abre al amor.»

Esto leía doña Prisca en voz alta, teniendo por auditorio á Esperanza y á D. Diego, tendida la primera en el lecho, recostado el segundo en su sillón de ruedas.

Estaba doña Prisca sentada junto á la ventana, hasta donde subían ya entrelazados los botones de las rosas, próximos á abrirse, mientras los reflejos del sol poniente doraban su blanca cabellera.

Sus facciones, severas siempre, tenían un sello melancólico que las hacia más venerables; su voz seca y vibrante, habia adquirido inflexiones más suaves.

Dejó el libro abierto sobre sus rodillas, se quitó los anteojos, y se quedó por algunos instantes absorta y meditabunda.

—Madre, preguntó Esperanza, ¿quién es el que escribe esas cosas tan bellas?

—Augusto Nicolás, hijamia, respondió la abuela, estremeciéndose como si saliese de un profundo letargo.

—¿Qué bien expresa lo que yo siento! exclamó la niña con exaltación. Pronto, pronto, es preciso darse á Jesucristo, si se quiere ser feliz amando, y vivir amando en la otra vida.

¡Cuánto le agradezco á Benjamin que me haya traído ese libro! Así habla él; así me hablaba mi madre, teniéndome sobre sus rodillas, y cubriendo mi frente de apasionados besos ¡Oh, madrecita mia, siempre me parece estarla viendo, con su rostro pálido, sus rizados cabellos rubios, sus ojos azul de cielo!... Esta noche soñé que estaba al lado de mi cama, y me decía tendiéndome los brazos: Ven: ven conmigo al Paraíso...

—No pienses estas cosas, niña, interrumpió vivamente doña Prisca. Piensa como ántes pensabas, en los hermosos campos de Elanchove, adonde iremos así que te restablezcas.



Acabas de nacer, no puedes morir: no ostentas como nosotros una diadema de plata: no has salido como nosotros cerca de setenta inviernos...

—¡Ayer se murió mi gilguerillo! suspiró la niña, mostrando la jaula vacía, pendiente del techo. Me lo trajeron casi desde el nido: ¡estaba tan contento, ¡piaba tan alegremente!... de pronto batió las alas y quedó inmóvil: ¡estaba muerto!

—¡De todo sacas motivos de tristeza, exclamó la abuela en tono de reconvención, pero con la voz llena de lágrimas ¡Sabes que nos aflijes y no te importa!...

—¡Abuela, abuela mia! ¡Abue-

lita de mi vida! exclamó Esperanza, estallando en sollozos, perdóneme V... He hecho mal; hago mal.... Pero, esta enfermedad se prolonga tanto!... ¡Siento que cada día me van faltando las fuerzas!....

—Ayer augurabas que no verías florecer estas rosas, repuso la abuela, y mira: hé aquí un capullo abierto.

Arrancó convulsivamente la flor, y se la llevó a su nieta.

Esta circuyó el cuello de la anciana con ambos brazos, la atrajo sobre su seno, y cubrió de besos sus cabellos.

—¡Cuánto la amo á V., abuelita mia! dijo con voz dulce y acariciadora. ¡Oh, no quiero dejarla á V. ni á mi padre, ni á Rosario, ni á Benjamin, ni á nadie de cuantos me rodean, y son tan buenos para mí.... pero... aunque Dios lo dispusiese de este modo, ¡qué importa? ¡Nos juntaríamos en el cielo!

—Duerme ahora un poco, descansa un poco, dijo la anciana, procurando ocultar su emoción. Estás fatigada; descansa.

La dió la medicina, la arregló las sábanas, imprimió un beso en su frente, y fué á sentarse de nuevo junto á la ventana.

(Se continuará.)

#### CORRESPONDENCIA.

Carlota.—Una viuda lleva al menos seis meses de luto riguroso; pero lo regular es un año: los mantos se estilan muy lar-

gos y muy anchos.

Próxima á regresar.

—La visitas parece que será la forma clásica de este invierno; aunque con este nombre se designan las formas más variadas. Se hacen muy largas en paño diagonal, cheviot, género moscovita, llamado así porque son tejidos peludos por el revers.

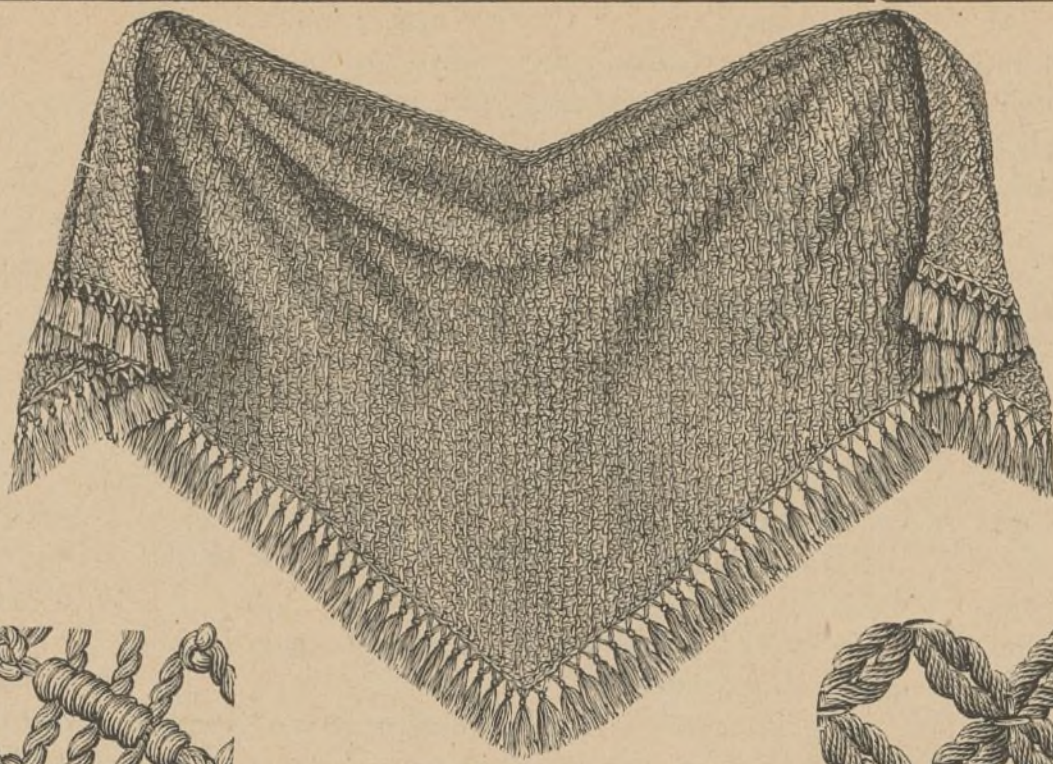
Las pieles estarán muy en 48 y 49. Fuelle de chimenea. Pintura en madera.

moda.

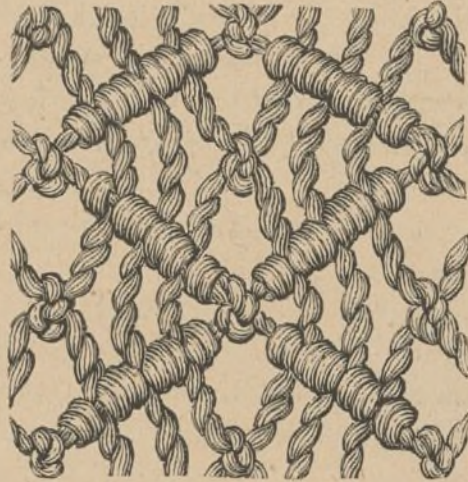
Una amable suscritora. — Me aseguran que para detener la caída del cabello y vigorizarlo, es excelente la pomada de oso ó el agua de quina.

También es muy bueno frotarse la cabeza una vez al día con quina disuelta en rom.

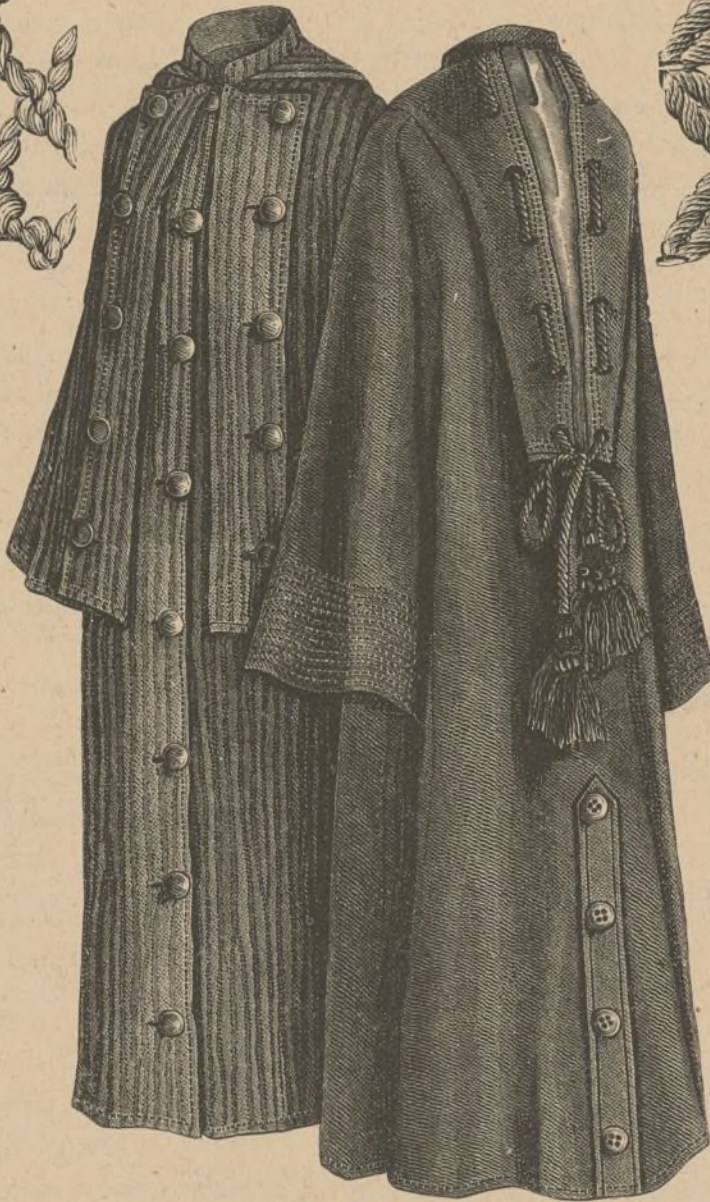
Ha llegado á nuestra redacción el cuaderno núm. 27 del *Diccionario general etimológico de la lengua española*, que publica el distinguido escritor D. Roque Barcia. Es e-



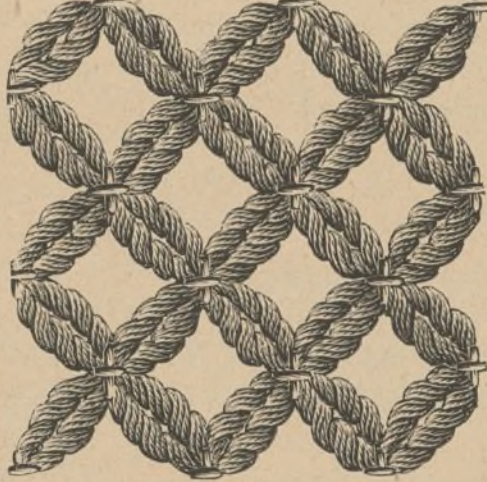
41. Pañuelo de punto. (Véase el núm. 51.)



42. Calado anudado (macramé) para la esclavina núm. 44.)



46 y 47. Abrigo con capucha. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. 1V, figs. 22 á 27.)



43. Calado hecho en bastidor para la esclavina núm. 44.

to de nuestra lengua y de las que contribuyeron á formarla, difiere el *Diccionario* en cuestion de los publicados hasta el día en pensamiento, plan, forma y método, y los supera en riqueza de voces, novedad de la exposicion, belleza de estilo é interes de conjunto. La obra del Sr. Barcia bastaria para crear un nombre á su autor, si no le tuviera ventajosamente conquistado con tantas otras que le han colocado, desde hace muchos años, entre nuestros primeros escritores. En cuanto á la parte material, de suyo delicada, por la mucha composicion que tiene de sanscrito, hebreo, griego, latin, árabe, etc., debemos decir que es sumamente correcta y esmerada. Recomendamos la adquisicion de tan importante obra, una de las más notables y útiles que en nuestros dias se publican.

#### EXPLICACION DEL FIGURIN 1.429

FIG. 1.<sup>a</sup> Traje de paseo y visita.—Este elegante traje de invierno, se compone de falda de faya de color oscuro, cubierta de volantes plissés y útiles que en nuestros dias se publican.

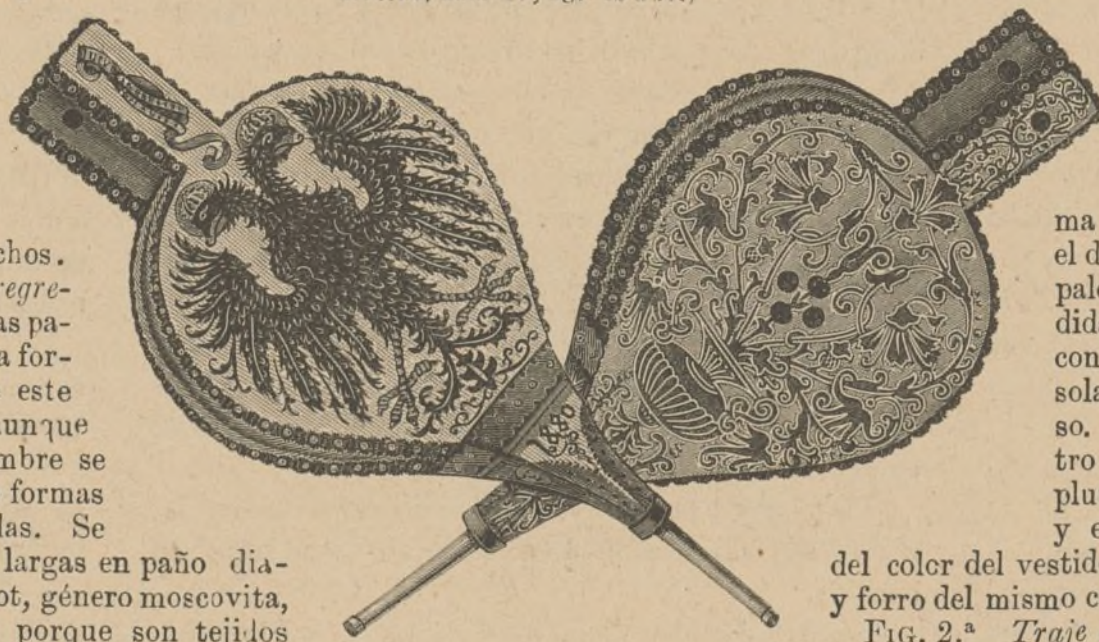


45. Esalda del abrigo núm. 44. (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XI, figs. 34 á 39.)

ma de otros á formar el delantero, y túnica paletot de aldetas añadidas, de paño doble con pasantes de seda, solapas y cuello de raso. Sombrero de fieltro adornado con una pluma y lazos de raso, y en-tous-cas de raso

del color del vestido con encaje maíz y forro del mismo color.

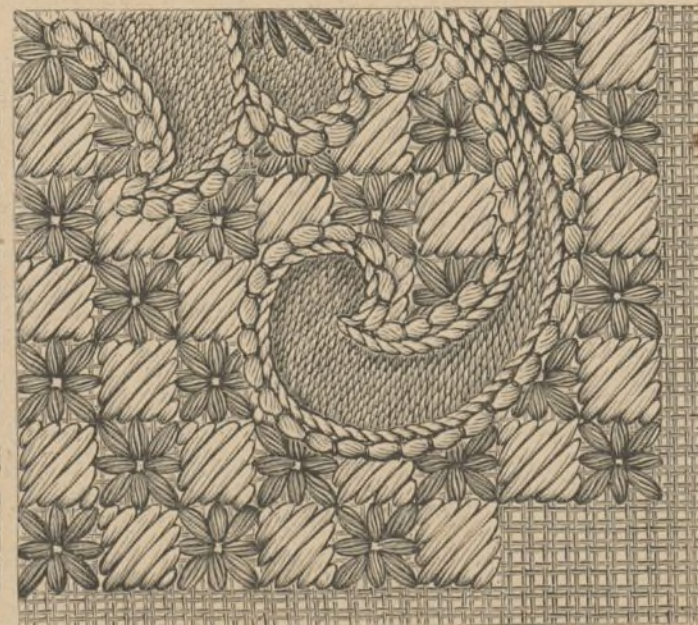
FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de comida, teatro ó reunion.—Es de crespon de lana color de manteca, guarnecido de plissés, ruches y lazos de raso.



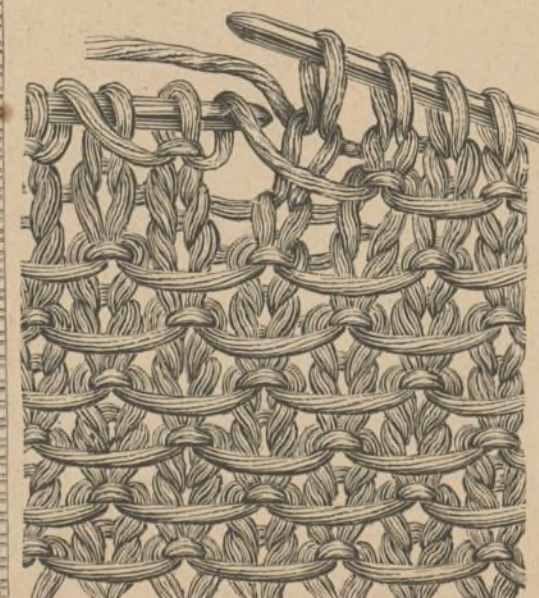
44. Abrigo con esclavina de pasamanería. (Véanse los núms. 42 y 43. (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XI, figs. 34 á 39.)



50. Punto para la cubierta núm. 48.



49. Bordado para el cuello de la esclavina núm. 46.



51. Punto para el pañuelo núm. 41.

Plisés de tul en el escote y la bocamanga, cruz y peineta de oro.

#### OBRAS

DE DOÑA ANGELA GRASSI que se halla de venta en la Administración de EL CORREO DE LA MODA.

Marina. Narracion histórica. 8 rs en Madrid y 10 en provincias.

La gota de agua. Un tomo: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Las Sras. Suscritoras á la 1.<sup>a</sup> Edición recibirán el ejemplar de regalo.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tp. de G. Estrada. Doctor Fouquet, 7.

Administracion: Montera, 11 Madrid.

Núm. SUM. tot. — corona punto de cada señora. La princip. anima respland. luces, y a tes de escogi pretex galas ruajes en el más n dos po cia. I vida g se dis del in envol afront tacion ficio a menea invier poco nando to, pr el fav por lo cuerp tidos de ce adorn con tr gusto mode cachet ro, e fald plega un pa lanter otro trech redin delan una s térm la fal van a casac enter dose del co bullo cuell prod de bo comp adori La pre dos